

Obama despliega sus armas en un feudo republicano

Ningún demócrata gana en el Estado de las 500 millas desde Lyndon B. Johnson

MÓNICA C. BELAZA
Indianápolis

Barack Obama sabe que puede estar rozando la Casa Blanca. Tiene el aire tranquilo del casi triunfador. La noche del segundo debate era un momento peligroso. Se esperaba que un John McCain en momentos bajos desplegara toda su artillería. Pero ahora que las encuestas han erigido a Obama como vencedor del cara a cara, el demócrata respira tranquilo.

Habló ayer en una lluviosa Indianápolis ante miles de incondicionales con chubasquero. Y su discurso sólo tiene ya un eje: cómo minimizar el impacto de la catástrofe financiera en la vida de los ciudadanos. Vuelve, y con más vigor que nunca, la famosa máxima de la campaña de Bill Clinton de 1992: "It's the economy, stupid". La economía, una vez más, es lo único que importa.

Déficit público, pérdida de empleo, la peor crisis desde la Gran Depresión, las hipotecas, el precio de la gasolina... Obama habla directamente al bolsillo de los votantes. Y, mientras acusa a George W. Bush de todos los males, apela al orgullo estadounidense, a las grandes palabras: "Son tiempos difíciles, que necesitan un liderazgo fuerte", dijo en Indianápolis. "Y tenemos

que salir como americanos, lograr que este siglo también sea para los americanos. Con compromiso. Con coraje".

La multitud, que no se dejaba arredrar ni por el agua ni por el lodazal que pisaba, lo escuchaba enfervorecida. El optimismo era absoluto. "No puede perder", decía Pat Baker, de 58 años. "En el debate estuvo fantástico. Se ve que es alguien del pueblo, no como McCain. Y no vamos a ser tan tontos como para querer ocho años de lo mismo que hemos tenido con Bush". El mitin se celebró al aire libre, donde tiene lugar cada año la Feria del Estado, en un espacio destinado a carreras de caballos. Uno de los establos cercanos se llamaba, curiosamente, *Palin*. Pero no era en honor de la gobernadora de Alaska y candidata a la vicepresidencia. Era por Sep Palin, una gloria local de las carreras de coches de caballos de principios del siglo XX.

No fue casual que Obama apareciera en Indianápolis —Indy, para los locales— después del debate. Aparte de celebrar la famosa carrera de las 500 millas, esta ciudad es la capital de Indiana, un Estado complicado pero en el que tiene posibilidades de ganar. Si lo logra, será la primera vez en más de 40 años que este territorio agrícola e industrial del Medio Oeste vota demócrata.

La caída de la casa McCain se divide en tres: la pesada herencia de Bush; la descomposición de la coalición republicana; y el carácter errático de su campaña, dirigida ahora por los sectores más extremistas del republicanismo.

Los mimbres —el candidato McCain, su biografía y su trayectoria— son buenos, pero no hay forma de hacer el cesto con los tres lastres antes mencionados. Pocos candidatos se ajustan mejor a la imagen del héroe norteamericano, forjado en combates por la libertad y la democracia. El crisol de esta mitología heroica es la Segunda Guerra Mundial, que devuelve a Europa el mensaje revolucionario y de emancipación de la Guerra de Independencia americana en forma de gesta de generosidad y de liberación. Las virtudes heroicas cantadas por el cine y el periodismo, las artes del siglo XX, convierten a este héroe bélico en continuador de los héroes fundacionales, pioneros y *cow-boys*. *Maverick*, la expresión que se usa para caracterizar su actitud independiente y rebelde ante la vida y la política, ante su partido y el Gobierno, viene de este filón de la épica americana. Lo ha contado brillantemente Carlos Mendo en estas mismas páginas (*El americano indomable*, 5 de febrero de 2008), en las que ha glosado la figura de Samuel Maverick, el ganadero que se negaba a marcar sus reses, arriesgando su pérdida o su fuga hacia otros pastos. John McCain ha cultivado con esmero la imagen y la narración heroica, aunque es justo reconocer que su biografía ha derrapado en más de una ocasión, como se ve en sus relaciones con los grupos de presión



Obama saluda a simpatizantes después de pronunciar un discurso en Indianápolis. / AP

Ambos candidatos están igualados. Bush ganó aquí a Kerry por 20 puntos

No lo hace desde 1964, cuando Lyndon B. Johnson se llevó los votos de 44 de los 50 Estados en unas elecciones excepcionales con unos ciudadanos que todavía lloraban al asesinato John Kennedy.

Desde entonces, Indiana ha sido un bastión republicano. Ahora, las encuestas más recientes colocan por delante a John McCain, pero por un margen muy estrecho, de unos dos pun-

tos y medio. Los dos candidatos están prácticamente igualados a pesar de que George Bush arrasó tanto en las elecciones de 2000 como en las de 2004. En las últimas, ganó al demócrata John Kerry por 20 puntos.

La crisis económica está ayudando a los demócratas a ganar terreno. La tasa de desempleo es del 6,4%, la más alta desde 1987. Hay más de 200.000 *hoosiers* (como se llama a los residentes de Indiana, sin que haya una explicación clara del porqué) sin trabajo. La gasolina está por las nubes y tienen serios problemas con las hipotecas y las quiebras empresariales.

En el diario local *Indianapolis Star*, el columnista Dan Carpenter escribía ayer sobre Oba-

ma usando una canción de Nina Simone de 1969: "Young, gifted and black, we must begin to tell our young, there's a world waiting for you" [Joven, talentoso y negro, tenemos que empezar a decir a nuestros jóvenes que hay un mundo esperando para ti]. "La belleza y el peligro de Obama es que no es nuestro igual", escribía Carpenter. "Es superior. Pero necesitamos a alguien más talentoso que nosotros. Y no tiene que importarnos que sea joven y negro".

Habrà que esperar para ver si los *hoosiers* le dan sus 11 votos electorales el 4 de noviembre. Él por si acaso, prefería ayer usar la frase "si soy presidente" que "cuando sea presidente". Dice que es supersticioso.

La caída de la casa McCain

LLUÍS
BASSETS



Muy difíciles se le han puesto las cosas al candidato republicano, el senador por Arizona John McCain, después de un verano de vértigo en el que consiguió alcanzar en los sondeos de opinión a su contrincante Barack Obama. La causa del declive no han sido sus actuaciones en los debates televisivos: en términos generales los ha superado con suficiente fortuna, sin quedar nunca descolgado ante la desenvoltura y brillantez de Obama e incluso, para muchos, igualándole en cuanto a eficacia. Tampoco hay que buscar las responsabilidades por la mala marcha de su campaña en los contrastes de su imagen respecto a la de su adversario a pesar de las evidentes debilidades de una apuesta por la experiencia y los méritos del pasado frente a la audacia de la esperanza, esa afortunada expresión de Obama que sintetiza toda una actitud ante el futuro. La quiebra de la campaña de McCain, evidente ya cuando queda menos de un mes para la jornada electoral, se debe sobre todo a factores externos al propio candidato, que pueden sin-

de Washington, su apoyo a numerosas iniciativas de Bush y el giro derechista en el último tramo de la campaña.

Pero incluso si se hace abstracción de las abundantes votaciones en las que ha acatado la disciplina republicana, lo que pesa para el electorado es algo mucho más de fondo. El mayor peso muerto, que abre las puertas a un intenso deseo de relevo democrático, es el balance de los ocho años de ineptitud y ceguera de Bush, con dos guerras todavía abiertas y sin horizonte resolutivo, unas libertades recorta-

La herencia de Bush, la crisis republicana y una campaña errática lastran al candidato conservador

das y vulneradas, la imagen internacional hecha trizas y una geometría de alianzas internacionales desgastadas; para no hablar del penoso estado de la economía, con un déficit público pavoroso, esta recesión en puertas, mayor que la Grande de los años 30, y un sistema financiero quebrado. Aunque McCain quiera distanciarse del conjunto del balance, al final de las cuentas queda pegado a cada una de las ruinosas partidas que lo componen, desde la guerra de Irak, que él insiste en que hay que ganar, hasta el estallido del modelo de economía desregulada y de débil fiscali-

dad, que él insiste en defender como receta para salir de la crisis.

El segundo elemento que le falla en la fórmula para vencer es su propio partido. Se ha dislocado una coalición fraguada en los tiempos de Reagan, donde confluían el partido de los negocios, pragmático y moderno de la costa Este; el conservadurismo social de los cristianos renacidos de los Estados del sur; y el conservadurismo patriótico de la seguridad nacional. Apoyado en esta última fracción y en sus virtudes heroicas, McCain venció en las primarias, pero luego franqueó la entrada de su cuartel general a la extrema derecha, que ahora dirige la campaña y le ha convertido en un candidato distinto. Los asesores de Bush que le derrotaron con malas artes en las primarias de 2000 (lanzaron el bulo de que su hija adoptiva era fruto de una relación extraconyugal) ahora le asesoran y recetan para Obama la misma medicina que le suministraron a él. Junto al coro de tertulianos radiofónicos y televisivos —los *jiménezlosantos* del Medio Oeste—, ellos son los que le han aconsejado la elección de Sarah Palin, el gesto frustrado de retirarse de la campaña para dedicarse a resolver la crisis económica e incluso la posibilidad de oponerse a Bush y a Paulson y encabezar una rebelión populista contra el plan de salvación de las hipotecas. De momento están consiguiendo erosionar la imagen de integridad y de *maverick* del propio McCain, pero de cara al 4 de noviembre es muy probable, casi seguro, que consigan hundirle.